

REVISTA GALAICA.

Se publica los días 15 y 30
al precio de DOS rs. cada mes.

REDACTOR.—D. Benito Vicetto.
ADMINISTRADOR.—D. Juan Mogrovejo.

IGNORANCIA

de la sabiduría humana, respecto à la naturaleza del Ser Supremo ó espíritu puro Tiempo y Espacio.

La filosofía, en su ardiente afán de investigar la naturaleza de las cosas, intentó en vano dar idea del Tiempo,—y desde Platon y Aristóteles hasta Krause y sus discípulos, plantéanse sistemas para explicar la *esencia* del Tiempo sin que se consiga; siendo así que su idea, como la del Espacio, es universal, y que ambas no constituyen más que una sola sustancia, una sola entidad, un solo espíritu.

El Tiempo—dicen los cronólogos parodiando à San Agustín,—se concibe fácilmente y con claridad, pero explicarlo es muy difícil, así como también es imposible determinar su *naturaleza* y *esencia*;—con lo que, para el caso, no viene à decir nada.

Platon dijo que el Tiempo era *imagen móvil de la inmóvil eternidad*, sin tener en cuenta que el Tiempo es inmóvil, y que todo se *mueve en él* y el Espacio, pues el *movimiento* como la *fuerza* es condicion de los astros los seres y las cosas, pero no del Tiempo ni del Espacio.

Aristóteles consideró al Tiempo como el *movimiento graduado y distinto por antecedente y consecuente*; definición en que aparecen confundidas las nociones de tiempo y de movimiento que el filósofo de Estagira creía inseparables. Es cierto que el tiempo, ó mejor dicho la *duración*, se mide por el movimiento, pero no es el movimiento mismo, como éste no es el Tiempo, por más que sea en él y el Espacio. El movimiento puede ser más ó puede ser *ménos acelerado*, pero el Tiempo como el Espacio no puede ser más ni *ménos*, como ser inmutable que es; porque sería del todo imposible que hubiese más ó *ménos* cantidad de tiempo en ningun punto del Espacio, ni más ó *ménos* cantidad de Espacio en ningun instante del Tiempo.

Otros filósofos antiguos definen el Tiempo diciendo que es la *sucesion consistente en una infinidad de partes contiguas*;—lenguaje oscuro que tiende à representar el Tiempo como un ser cuya existencia radica fuera de nuestra inteligencia, siendo así que ese ser con el Espacio, es el ser de todo ser evidentemente, y por lo mismo el Ser Supremo.

San Agustín dice (1):—¿Qué es el Tiempo?

(1) *Quid enim est tempus quis hoc facile breviterque explicaverit? Quis hoc ad verbum de illum proferendum vel cogitatione comprehenderit?... Quid ergo est tempus? Si nemo me quærat scio, si querenti explicare velim nescio.*

CONFESIONES, lib. XI, cap. IV.

Cuestion es esta muy difícil: si nadieme lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicarlo à que me lo pregunta, entonces no lo sé.—Y es, que como el Tiempo con el Espacio, constituyen el único *espíritu puro* que existe, todos lo *conocemos* con los ojos del alma, no así con los del cuerpo. El ser, Tiempo y Espacio, es inmaterial, y por lo mismo solo lo percibimos y lo sentimos *espiritualmente*. Al quererlo explicar *materialmente*, ya por la palabra escrita, ya por la palabra hablada, nos es sumamente imposible. Dios, ó el espíritu puro, Tiempo y Espacio, se resiste à toda explicación *material* por la misma inmaterialidad de su *esencia*. De aquí la definición de San Agustín; de aquí la no ménos profunda definición de Tertuliano:—«Nada nos da una idea tan magnífica de Dios como esta misma imposibilidad de definirlo; su infinita perfeccion lo descubre y à la vez lo oculta.»

Leibnitz, considerando al Tiempo como pura abstraccion, como una idea general, dice que *es el órden de las existencias no simultáneas*;—definición que no explica la idea, puesto que es menester adquirir ántes la de *simultaneidad*, que à su vez presupone la de tiempo ó ser.

Kan y otros filósofos modernos, asientan que el tiempo *no es nada en sí mismo, ni tampoco inherente à las cosas: lo miran como una condicion subjetiva de la intuicion como una forma interior por medio de la cual los fenómenos se presentan como sucesivos*. Y como no puede haber sucesion sin cosas que se sucedan, el Tiempo no puede realizarse como una forma independiente de las cosas, segun pretendan el filósofo alemán y sus sectarios, puesto que las cosas *son en él* y en el Espacio.

Krause y sus discípulos, consideran el Tiempo como la *propiedad interior formal de los seres en cuanto estos mudan en sus estados sucesivos*, subsistiendo entre tanto ellos mismos en su ser y en sus propiedades. El Tiempo, pues, en su sentir, no es un ser sino *propiedad de un ser en cuanto este muda en sí*; no es, por lo tanto, una existencia, sino una *inherencia*; es la *forma de mudar*; absurdo que se propagó à nuestros filósofos contemporáneos, y que hace de este juego de ideas oscuras un caos en que las inteligencias se abisman sin hallar una solución no solo satisfactoria para la ciencia sino determinante.

Y Balmes nos dice (1).—que el Tiempo no es un ser absoluto independiente de las cosas (2) y si el órden entre el ser y el no ser, y que la idea de tiempo es la *percepcion de este órden*. «Todo lo que es algo existe—dice,—y sin embargo el tiempo

(1) FILOSOFIA FUNDAMENTAL, tomo 3.º, lib. 7, cap. 1.

no lo encontrais nunca existente (1). Su naturaleza se compone de instantes divisibles hasta lo infinito, esencialmente sucesivos, y por tanto incapaces de simultaneidad. Fijad el instante más pequeño que queráis, ese instante no existe, porque se compone de otros infinitamente pequeños que no pueden existir juntos. Para concebir un tiempo existente, es necesario concebirlo actual; y para esto es preciso sorprenderlo en un instante indivisible; mas este ya no es tiempo, ya no envuelve sucesion, ya no es duracion en que haya *antes ó después*. — Todos los errores que contiene esta definicion de Balmes, quedan desvanecidos al considerar que el Tiempo y el Espacio es una sola sustancia ó entidad *inmóvil*, esto es, necesaria ó *inmutable*; una existencia en que todo y todos existimos. Si esa sustancia puramente espiritual, ó si ese gran espíritu puro existiese en nosotros y nosotros no en él, entonces podria tener lugar cuanto dice Balmes. Nosotros los astros, la creacion entera en fin, somos los que (*con pasado, presente y porvenir*) nos movemos en ese gran espíritu. — no él en nosotros. El Tiempo y el Espacio no son divisibles en instantes ni en puntos: si la *duracion* y la *extension*, — sombras materiales convencionalmente de esa gran espiritualidad. El Tiempo y el Espacio no tienen *ayer, hoy ni mañana*; siempre están perfectamente *presentes* para nosotros en esta *vita*, colocada entre dos inmensidades, la inmensidad de que procedimos al nacer, y la inmensidad que nos espera al morir. La duracion y la extension, si que tienen instantes y puntos: nuestra duracion de hoy, no es la de ayer ni sera la de mañana, porque aun cuando no nos moviéramos de un mismo punto como nos movemos, se mueve continuamente en el Espacio y el Tiempo el astro que habitamos (2). La duracion y la extension son *inherentes* á las cosas, ó sea el instante y el punto. *Dura* la persona ó la cosa tantos instantes ó horas y *se estiende* ó ocupa geoméricamente tantos puntos ó hectareas EN EL Tiempo y el Espacio: la duracion y la extension son la *inherencia* material imprescindible y limitada del ser creado á la inherencia *espiritual* é ilimitada del Creador. «Todo lo que es algo existe — dice Balmes, — y sin embargo el tiempo no lo encontrais nunca existente.» ¿Como no? Pues qué, el ES del Espacio no es tiempo actual, permanente, eterno? — Este último argumento tan sencillo, no solo sirve para pulverizar la filosofia de Balmes sino la de Krause y todos sus partidarios. El es del Espacio, no es *contingente* ó variable, es *necesario* ó inmutable: esto es evidente a todas luces, — de consiguiente el ES del Espacio (Tiempo) es con el espacio, el es de todo es, el ser de todo ser, el Ser Supremo.

El Tiempo, pues, como lo comprendemos nosotros y como es *en sí y por sí* en su maravillosa

(1) ¿Puede darse aberracion mayor? Por un lado dice que el tiempo es el orden entre el ser y el no ser, y por otro nos dice que no lo encontramos nunca *existente*, siendo asi que, el Tiempo es la existencia de toda existencia.

(2) Ya hemos delimitado en la Historia de Galicia, tomo VI, reinado de Carlos I, la diferencia que existe entre el Tiempo y la duracion, el Espacio y la extension. El Tiempo y el Espacio son infinitos: la duracion y la extension son finitas ó limitadas.

inmanencia y ubiqualdad, no es otra cosa que el ES DE TODO ES, y el único espíritu puro que existe *intrínseco con el espacio*. En este espíritu puro (Tiempo y Espacio) se suceden las cosas, y sin él no puede existir *sucesion*, ni ser, ni cosa alguna. Este espíritu puro (Tiempo y Espacio) es *per se*, y los astros, las personas y las cosas no pueden ser sin él. Solo él es inmaterial; todo lo demás es material y por consiguiente *su obra*. Si el idealismo teístico nos llevara á idear un Dios, una entidad superior al espíritu puro Tiempo y Espacio, nuestro Dios seria inadmisibile puesto que, aunque hiciéramos un *tour de force* hasta sobrenatural, no podríamos concebir ni nadie puede concibir, un ser *fuera del tiempo y del espacio*, ni *à priori* ni *à posteriori*; y si lo concibiéramos consustancial con el Tiempo y el Espacio ya Dios no era Dios, puesto que Dios no puede ser congénito con nada, porque le faltaba la primera de sus magestades, la de *ser por sí mismo*. Mientras la filosofia humana no profundice nuestra teoria y mientras no la sugete á examen en toda su apreciacion científica, jamas podrá tener nocion exacta de la naturaleza del Ser Supremo. Divagará siempre confundiendo el Tiempo con la eternidad, con la duracion, con la sucesion, con el orden simultáneo y no simultáneo de las cosas, y con el *movimiento* de los astros, de las personas y de las cosas: divagará siempre en un juego de ideas y de palabras fatalisimo para la ciencia, si la ciencia es la verdad.

La idea del Tiempo, ó por mejor decir, la magestad, excelstitud, inmanencia, inteleccion, ubiqualdad y naturaleza del Tiempo como ser absoluto, no hay que buscarla con relacion al *movimiento*, a los astros, los seres y las cosas (*krausismo* puro), — que eso corresponde á la *duracion*. La magestad ó entidad del Tiempo, como ser absoluto y espíritu puro, hay que buscarla con relacion al Espacio: fijado en la mente el es del Espacio, esa inherencia al parecer, ó ese es de todo es, dará á nuestros lectores la nocion primera y luminosa del Ser Supremo. Si no es asi, si esa fijeza ó tension intelectual del espíritu en el es del Espacio, no revela vuestra comprension la realidad, no la idealidad — de Dios, podeis desistir de percibirlo en la tierra. Dios no es una *idea* del hombre como quiere Hegel; Dios no es tampoco el idealismo católico, vago como la vaguedad misma; Dios es una realidad sumamente *presente*, pero espiritual, en el es del Espacio... esto es, en el tiempo del Espacio ó en el espacio del tiempo!

Si por estas palabras, no acertais á ver con los ojos del alma la naturaleza del ser Supremo ó espíritu puro Tiempo y Espacio, — podemos decirnos entonces lo que San Agustin del Tiempo: «*sè lo que es, pero si me lo preguntan no puedo explicarlo*. Porque, en verdad, mal podemos explicar *materialmente* aquello que es en sí mismo *intrínsecamente espiritual*. Dios no tiene cuerpo, pero vemos la sombra de su inmensidad en la *extension*; no se puede tocar, pero sentimos la sombra de su Ser en la *duracion*: — la extension y la duracion son las dos fórmulas *materiales* para nuestra percepcion, de la inmaterialidad divina Tiempo y Espacio, ser de los seres.

Ampliaremos é ilustraremos más nuestras afirmaciones, en los artículos que hemos de publicar en esta revista, titulados:—«Absurdo básico de la filosofía de Hegel; La filosofía materialista en Büchner y la espiritualista en Flammarion; El infinito del espíritu y el infinito de la materia; La naturaleza de Dios según Guillemspie, y su error al prescindir del Tiempo (1).

B. Vicetto.

Abril de 1874.

EN UN ALBUM.

No lloraré... tranquilo y resignado
aquí su golpe espero.
No lloraré... si el cielo se ha apiadado
no lloraré... que muero.

Es forzoso que si: no hay en mis venas
más que lava y ceniza,
y un corazón ligado con cadenas
que un buitres descuartiza.

Deshácese mis huesos abrasados
como negros carbones,
y mis miembros convulsos tras pasados
con agudos punzones.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Madrid—abril—1842.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LA CORONA DE FUEGO.

(CONCLUSION.)

IV.

Y así pasaron algunos años; pero un día, el opulento conde de Lemos fué llamado por uno de sus criados que se hallaba en los últimos momentos de su vida.

—Señor... le dijo el moribundo, ¡perdonadme!

—¿De qué?... repuso el conde.

—¡Oh! ¡perdonadme por Dios!... me sedujo con oro, señor, con oro... y he hecho todo cuanto me ha mandado...

—¿Quién?... volvió á preguntar el conde.

—¡Oh!... mandad que se retiren todos, dijo...

D. Alonso mandó que saliesen los que se hallaban

(1) Apoyamos esta ocasión para manifestar que admitiremos é insertaremos con gusto, cuantos artículos nos remitan de elevada filosofía, los que pretendan refutar nuestras aseveraciones. Al arrojar, como arrojamamos, un guante á la decantada civilización de nuestra época, lo hacemos digna é hidalgamente; puesto que abordamos el debate de frente y cedemos hasta nuestro campo á los contrarios para cerrar con ellos en noble lid.

en la habitación de su criado y quedó solo con él.

—Oídme y perdonadme, señor; exclamó el moribundo haciendo un esfuerzo para arrodillarse en la cama en que yacía, pero en vano; no pudo conseguirlo por su debilidad extrema.

—¡Hablad!... gritó el conde imperiosamente, porque empezaba á ver que se trataba de algo más que de un robo doméstico, por las vehementes súplicas del pirante vasallo.

—¡Oh, ¡señor!... unos cuantos me es antes de vuestra salida de Monforte, un hombre me dió un puñal y un bolsillo lleno de oro... y Enrique de Foulébar, me dijo... El oro me tentó... y Enrique de Foulébar fué muerto...

—¡Tú!... ¡tú! ¡miserable! ¡tú lo mataste!

—¡Oh! ¡esperad!... que aún me falta mucho...

—¡Mas aún!

—Unos días después de vuestra partida para la guerra, aquel mismo hombre volvió á avistarse conmigo. Esta vez no me alargó más que un bolsillo...

—¡adelante!...

—Es necesario, me dijo, que nada se oponga á mi entrada en la cámara de Doña Elvira, mañana á la media noche...

—¡Oh!!! gritó el conde espantado; y todos los cabellos se le encrespaban sobre la frente.

Y aquella misma noche, señor, aquel hombre entró sin que lo supiese un alma...

—¡adelante, rayo de Dios!!

—Entró...

—¡Vamos!!...

—¡Oh! ¡perdon!...

—¡Vivo!... ¡vivo!!...

—Entró... se acercó á llecho de Doña Elvira y...

—¡Basta!!... ¡basta, rayo de Dios! gritó el conde tapándose el rostro con las manos y cayendo sobre una silla aterrado y confundido de lo que oía...

—En seguida, continuó el criado, la dió una bebida que la dejó en un estado de estupor cruel... sin poder hablar...

El conde no se movió de la silla...

—A los tres días murió Doña Elvira... víctima de aquel hombre... víctima de aquella bebida...

Levantóse entonces el conde... clavó sus ojos llenos de lágrimas en el moribundo y gritó con rabioso acento:

—¿Su nombre?...

—¡Oh! ¡señor!...

—¿Su nombre pronto, Ruiz Diaz?... el nombre de ese infame ó te ahogo ahora mismo.

Y le hechó los brazos á la garganta en medio de su desesperación imponente.

¡Al instante, rayo de Dios! ¡ese nombre al instante! ¡al instante!...

—D. Fernando de Osorio... balbuceó el moribundo.

—El abad!!! exclamó el conde de Lemos retrocediendo horrorizado...

V.

Desde aquel momento el poderoso señor no pensó más que en vengarse. Esperó unas cuantas semanas que faltaban para sus días, y cuando llegaron trató de dar un espléndido banquete á todos los nobles del país.

El salón principal del castillo se llenó de gente. Marqueses, caballeros y donceles; monjes, frailes y curas; trovadores y juglares; damas y dueñas, nada faltó en el antiguo castillo de los condes de Lemos, y todos rodearon las abundantes mesas por riguroso orden, y según la etiqueta de aquellos tiempos. Cuando empezaron los brindis y sonaron las liras de los cantores, cuando empezaron á sentirse los

alegres murmullos del festin que señalaban su apogeo y éste parecía degenerar en orgia... entonces hizo el conde una señal ligera, apenas perceptible.

Dos grandes puertas secretas se abrieron repentinamente, y por ellas entraron en el salon hasta unos cuarenta arqueros del castillo armados como para una batalla. Pero la presencia de estos arqueros no inspiró tanto temor á los circunstantes como la vista de una gran bandeja que traian cuatro pajes, y en la que se veia una corona de hierro ardiendo...

Este aparato horrible y misterioso, impuso. Cesaron los brindis, las centinelas amorosas y las relaciones guerreras, sucediendo al rumor animado de la orgia el pavor silencioso de las tumbas.

En medio de este silencio solemne, se oyó una voz fuerte, bronca por la rabia... la voz del conde.

— ¡D. Fernando!... dijo clavando en el abad sus ojos con ansiedad mortal, habeis mandado asesinar a Enrique de Fulebar porque adoraba á mi Elvira...

Sobrecogióse el abad de terror y todos temblaron.

— Y aprovechándoos de mi ausencia de estos muros, prosiguió el conde más exaltado cada vez por el furor y el encono que lo dominaba, habeis violado á mi hija... á mi infeliz hija!

Entonces los concurrentes hicieron más que temblar... lanzaron un grito de horror que debió escucharse en Monforte.

— Y por último ¡trayo de Dios! continuó el conde en su *crecendo* de rabia, para que nunca me lo revelara, la habeis envenenado!...

— Asesinada!...

— Violada!...

— Envenenada!...

Hé aquí las exclamaciones que despidió la turba de convidados, retrocediendo espantados y santiguándose como si el abad fuera un diablo. Este todo lo oyó inmóvil, confundido... sin atreverse á hablar ni á moverse de su asiento... anonadado bajo el peso de aquellas terribles acusaciones...

— Pues bien, llegó la hora de la venganza, y el cielo que me lo ha revelado todo por boca de vuestro cómplice meribundo, el cielo os maldecirá como yo os maldigo... D. Fernando!... D. Fernando! hasta la eternidad!

Así dijo el conde con voz grave en medio del silencio que reinaba, y á otra señal que hizo, la corona de hierro candente abrasó la cabeza de D. Fernando con asombro de los espectadores...

Aquel mismo dia D. Alonso de Castro arrodillado ante un fúnebre sepulcro, decía clavando en la losa de él sus ojos como queriendo sondear con ellos el cadáver que encerraba: hija del alma, ya estás vengada!

VI.

Hé aquí, pues, la tradicion verdadera de estos sucesos, si hemos de dar crédito á los manuscritos de la casa de Lemos; y ved ahora la *inventada* sin duda por el clero con objeto de destruirla, referida tal como en el dia corre.

«Empeñado el conde de Lemos en asistir al coro del convento á oír misa entre la comunidad, para lo cual mandara construir la galleria por donde se iba de uno á otro edificio, el abad se habia opuesto abiertamente á ello, y que insistiendo el conde con el mayor empeño, aquel se quejara al obispo de Orense, el obispo al papa, y el papa al rey de Castilla. De aquí resultó la formacion de una causa ruidosa que concluyó con prohibir al conde el poner los piés en el coro para oír misa entre los vicentinos. Resentido entonces éste hasta el punto de sentir un odio im-

placable contra el abad, disimuló su enfado concebiendo en tanto una venganza horrorosa...»

Hasta aquí disienten las dos tradiciones, y aquí es donde se dan la mano para confirmar de un mismo modo la corona de fuego, suplicio mucho más horrendo que la corona de espinas que inventaron los judios para martirizar á Jesucristo.

B. VICETTO.

1846.

FERROL

I.

Un tiempo fué en que rica y populosa te alzaste con orgullo, oh patria amada! bien cual joya magnífica y hermosa de propios y de estraños admirada.

Hubo una edad feliz en que tu suelo, hoy morada de fúnebre trisura, adormido mirábase en un cielo de placer, de contento y de ventura.

Mil bajetes orlaban la bahía, del bizarro español gloria y orgullo, do el pendon nacional ondearse veía de la brisa pacífica al arrullo

¡Oh! que era bello contemplar entonces de tantas naves escuadron lucido; oh! que era bello de los duros broncees escuchar el horrisono estampido.

Y al despuntar la candida mañana bello era el ver sus flámulas tigeras, cuando nitido el sol de oro y de grana coloraba la mar y sus riberas.

Y era grato mirar del viento hinchado en los robustos mástiles el lino, y al grumete en las cofas elevado, y observando los astros al marino.

El comercio y las artes bienhechoras en tu hermoso recinto florecieran, y esos tus males que infeliz deploras, dulces bienes sin fin entonces eran.

Ese arsenal espléndido y precioso, envidia, admiracion del mundo entero, monumento del arte portentoso.

en primor y en bellezas el primero.

Ese arsenal que duerme en el olvido, y en misero abandono sepultado, dióte un dia nombre esclarecido, te hizo, Ferrol, glorioso y celebrado.

Él escitó el afan y crudos celos de la Albion, la soberbia, la potente, él escitó los ávidos desvelos de su temida, emprendedora gente.

Que de él salieran los flotantes leños que el vastisimo océano dominaban, cual señores despóticos y dueños que ambos mundos sumisos acataban.

Y una vez y otra vez con ira insana en su ruina gozarse pretendiera, y una vez y otra vez su empresa vana de su orgullo á despecho salir viera.

¿Qué le valió su escuadra que atrevida este siglo á tus playas apartara?

¿qué le valió?—Deshecha, repelida,
por tus hijos bizarros se tornara.

Qué le valió, cobarde, sorprendente
en tus débiles fuerzas confiando?
corriste á la lid, próspera suerte
tu brillante denuedo coronando.

Prez inmortal tus hijos alcanzaron,
mengua eterna los hijos de la Albion,
que de tí prontamente se alejaron,
corridos de vergüenza y confusion.

II.

Pero aquel tiempo rápido ha pasado,
aquel tiempo dichoso y floreciente
como pasa el relámpago luciente
que la atmósfera leve atraviesa.
Pasó... no volverá!—Miserico oscuro,
arrastrarás por siempre tu existencia;
ay! sólo de tu gloria y tu opulencia
el lúgubre recuerdo te quedó.

Ferrol!! Ferrol!! La maldición divina
pesa sobre tu frente mancillada,
que la sombra de Vargas irritada
clama venganza de la tumba, ¡si!
Clama venganza aún—empedernidos
tus hijos á la muerte le llevaron,
en su pecho sus hierros embotaron...
ay, Ferrol, de tus hijos! ay, de tí!

Me parece que mírole espirante
bañando con su sangre el duro suelo;
fijos sus ojos, tristes, en el cielo,
desfigurada y pálida su faz.
Oigo también las súplicas dolientes
que en vano á sus verdugos dirigía,
y escucho la estruendosa vocería
de la plebe frenética y audaz.

Negro delito! Crimen sin ejemplo!
Feo borron, oh patria, á tu memoria!
Por él, en humo se trocó tu gloria,
él empañó tu lúcido esplendor:
de entonces vives pobre y olvidada,
y yaces en el cieno confundida;
beldad en el abril prostituida,
rosa ya marchitada y sin color.

Nada posees ya; nada te resta
de tu grandioso ayer; hoy nada eres,
y lentamente desvalida mueres
cual muere de una lámpara la luz.
Mueres sin nombre y sin honor.—Ninguno
fija en tí compasiva una mirada...
¡Oh, patria mía! ¡Patria infortunada!
¿No habrá nadie que lllore en su ataud?

III.

Sufre, pueblo criminal,
tu suerte misera y triste.
Por tu maldad sin igual
sobrado la mereciste!

Sufre:—compasion no implorés,
que vano implorarla fuera.

¿En tus bárbaros furores
tu víctima la obtuviera?

Vive en pesares sumido,
vive en tu angustia y tu duelo;
despreciado, maldecido

por la tierra y por el cielo.

¡Error!—Si en tu suelo un día
la inocencia sucumbiera,
si al ver su horrible agonía
su verdugo sonriera.

No eres tú, patria adorada,
no eres tú el culpable, no;
pésia la lengua menguada
que á decirlo se atrevió.

Luces, Ferrol, todavía
con pureza resplendente
cual el sol de mediodía,
y aquel que te acuse, mientel
A la faz de todo el mundo
puedes decir sin recelo:

—«Aunque yazgo moribundo
sin amparo y sin consuelo,

«Aunque el tiempo marchitó
mi peregrina belleza,
aún por dicha me quedó
de mi blason la nobleza.

«¿Qué importa que chusma impura,
de toda virtud exenta,
diera á Vargas sin ventura
muerte bárbara y sangrienta?

«¿Qué importa?—Los hijos míos,
que siempre sensibles fueran,
de horror, entre tantos, frios,
sentido llanto vertieran;

«Y en religioso fervor
ante el altar se postraron,
y de su muerte, al Señor,
el castigo demandaron.

«Que no ha manchado su frente
tan afrentoso borron;
y si Vargas fué inocente,
inocentes ellos son.

IV.

Otra edad lucirá, patria querida!
hermosa para tí, clara y brillante,
rica de gloria, de contento henchida,
como un ensueño de feliz amante.
Tu sien, que hoy doblas, yerta y deslucida,
una diadema adornará triunfante,
y huiránse para siempre tus pesares,
reina gentil de los galaicos mares.

Y volverá la espléndida riqueza,
que en tu infancia gozaste bienhadada,
y tu gala, y tu pristina belleza,
que te hiciera de todos deseada;
y volverá la pompa y la grandeza
tras la miseria que te aflige airada;
que tras la tempestad hórrida y fiera,
viene siempre la calma placentera.

Si: del sueño letárgico en que ahora
deslizase adormida tu existencia,
saldrás en fin; y amable, y seductora,
cual blando sonreír de la inocencia,
saludarás la peregrina aurora
auncio del esplendor y la opulencia

que en ti reinar verás, como ninguna,
rimada sin cesar de la fortuna.

Entonces ¡ah! la hispánica marina
la arrogante cabeza levantando,
del abismo fatal de su ruina
sea que la hundió un destino miserando,
entonces, formidable y gigantina,
su antigua prepotencia recobrando
mostrará que es aún el pueblo ibero
capaz de dar la ley al orbe entero.

Plegue al Dios cuya mano omnipotente
la creación gobierna ¡oh patria mía!
que á realizarse llegue prontamente
del vate la risueña profecía.
Logre yo contemplarle felizmente,
á tu fausto tornar y alta valia,
y un consuelo inefable y delicioso
me seguirá al sepulcro silencioso,

MANUEL DE LA PEÑA Y CASIGAO.

1842.

TRADICIONES MONÁSTICAS DE GALICIA,

LA MONJA DE SAN PAYO.

I.

El invierno del año de 1833 tocaba á su fin y la ciudad de Santiago de Galicia estaba envuelta en una capa de niebla que aumentaba la lobreguez de sus calles y la oscuridad de sus edificios. En uno de estos, de aspecto sobrado humilde, vivía una honrada familia compuesta únicamente de tres individuos: un matrimonio, simbolo de la paz doméstica y una hija tipo ideal llevado á la realidad. Los tres vivían en esa envidiable tranquilidad circunscrita al seno familiar y presajio á veces de un tejido de desgracias.

La Providencia, oculta bajo el nombre de la casualidad, llevó á los hogares de esta reducida familia un fraile Benedictino, antiguo vicario de las monjas de S. Payo.

La influencia que á la sazón ejercían los hábitos de cualquiera orden monástica, y los sentimientos religiosos, llevados hasta el fanatismo, que entonces y aun ahora predominan sobre todos los demas en la ciudad á que nos referimos, hicieron acoger al P. Ubaldo como un individuo más de la familia, al cual todos demandaban su parecer sobre cualquier asunto que se tratase. El, por su parte, sabía captarse el aprecio de todos los que le rodeaban con una hipocresía ascética cubierta con el sagrado manto de su orden. Sólo una persona, tan sólo una de este modesto triunvirato, aborrecía la presencia del reverendo Padre;... era esta la jóven Maria.

Hé aquí la causa de este odio.

Desde la primera vez que el P. Ubaldo había visto á aquel ángel de hermosura, su semblante se grabó en el fondo de su corazón con una huella que no podía ya borrar la soledad del claustro. En vano retirado en su celda del Monasterio de S. Martín, rodeado de piadosos libros y de sacrosantas imágenes pedía al cielo el olvido de aquella muger que le arrancaba de un éxtasis divino para hundirle en el fango del mundo. La belleza de

Maria se presentaba á sus ojos como el último crimen á la imaginación de un condenado.

El fraile amaba á Dios en su criatura.

Esta pasión criminal llegó al momento al conocimiento de la hermosa jóven que leía en las miradas del fraile el deseo que le devoraba.

El cielo no podría jamás reunir dos naturalezas más opuestas; por su misma oposición casi se tocaban.

El P. Ubaldo rayaba, al parecer, en los 30 años; era de elevada estatura, seco, pálido, con la frente llena de simétricas protuberancias, los ojos saliendo de sus órbitas y los labios estremadamente delgados que se escondían bajo su nariz aguileña.

Maria contaba 18 primaveras; sus ojos negros, como si nacieran sobre el ardiente suelo del Ecuador, cedían bajo el peso de cualquier mirada; y el carmin que entonces asomaba á sus mejillas era una prueba de su delicado temperamento. Sus facciones tenían esa esbeltez móvida que los grandes pintores comunican á las vírgenes de sus cuadros. Su vida marcharía tranquila hasta la tumba si no hubiese encontrado en su carrera el germen de su desdicha, si hubiese nacido *un año más tarde*, pero valiéndonos de una fórmula oriental que tanto significa, sólo diremos que ¡asi estaba escrito!

Un día que, por una confianza natural, habían quedado solos el P. Ubaldo y Maria, atrevióse aquel por la primera vez de su vida, á manifestar la pasión que le devoraba.

—Maria, exclamó el fraile, dirigiéndose á su víctima y clavando en ella sus pupilas de fuego rodeadas de una aureola de sangre.

Maria era la primera vez que se veía sola delante de un hombre; de un hombre sí, porque la continencia del religioso desaparecía ante la debilidad del mortal; así es que no se atrevió á replicar y bajó su cabeza obligada por el peso moral de la mirada que sobre ella caía.

—Maria, volvió á repetir el P. Ubaldo, ¿por qué temblais?

—¡Tengo miedo! exclamó aquel ángel de paz subyugado por el demonio.

—¡Miedo!... ¿á quién?... ¿por qué? ¿no estoy con vos?

—Dejadme, Padre, dejadme, ó doy un grito; replicó Maria, y levantándose un momento de su silla, volvió á caer como magnetizada por las miradas del fraile siempre clavadas en ella.

—No, no griteis... oidme ántes, yo me pondré á vuestros pies á confesar mis culpas como se pone el penitente á los míos á confesar las suyas. Yo también soy culpable, Maria, y vos sois quien debéis de absolverme.

—Callad, callad, contestó Maria al lenguaje simbólico del fraile.

—Si, callaré, pero oidme. Un día caminaba absorbido en mis meditaciones dirigiendo mentalmente una oración á la Madre del Eterno, alcé los ojos y os he visto por primera vez delante de mí. Entonces descendí para siempre del cielo á la tierra, del claustro al siglo. El mundo volvió á ser para mí el teatro de mis ilusiones y vos el objeto de mis ensueños. Si, Maria, desde entonces os veo siempre ante mis ojos, en el altar, en la celda, en

mi corazón... en todas partes... en todas partes he
cizado un culto para vos.

—¡Imposible!... ¡Imposible! clamó María sobresaltada por aquellas palabras que jamás había oído.

—¡Imposible decís! ¿Creéis que este ropaje impide á mi corazón toda afección mundanal, todo cariño mútuo? No, María; el amor es el distintivo de nuestra especie y nosotros, por el carácter con que estamos revestidos, debemos de amar á todo el mundo más que á nosotros mismos. Pues bien, ese cariño que yo debía tener á todo el género humano, está concentrado en vos, solo en vos, porque sois la personificación material de un Dios de paz y de hermosura.

—¡Blasfemo! ¿Y no teméis ofender al cielo con vuestro amor criminal?

—Para el Eterno ningún amor es criminal cuando es puro. ¡Criminal! Los hombres quisieron que lo fuese, porque el hombre no se comprende á sí mismo. ¡Ah! Miradme, María, que pueda al menos contemplar frente á frente vuestros ojos que me fascinan, vuestro semblante que me mata.

Al concluir estas palabras que el P. Ubaldo había revestido de una entonación religiosa, su capucha, que resbalara sobre su cabeza durante el calor de la declaración, se plegó sobre la espalda dejando al descubierto su tonsurada cabeza, notable por la convexidad de sus ojos y su elevada frente,

—¡Callais, María!

—¿Qué queréis que os diga? repuso la hermosa jóven y chocando con sus miradas en las del fraile, cubrió con sus párpados la delicada pupila que el reverendo pretendía clavar en un punto.

—Vedme á vuestros piés... y no me preguntéis qué quiero... y aquella astuta serpiente se arrojó á los piés de María, de aquella muger pura é inocente como el hálito de un niño,

—¡Apartad! ¡apartad!

—No, no me levantaré de aquí hasta que oiga si me amais.

—¡Amaros! ¿qué habeis dicho? ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó María con un acento de dolor que á cualquiera conmoviera menos á su verdugo que hacia entónces el papel de víctima.

—Amarme... si... y me amais ¿no es verdad?

—¡Jamás! ¡jamás! gritó, y alzándose con valor sobrenatural y que solo Dios presta en ciertas circunstancias, dirigióse hácia la ventana del aposento.

El fraile la seguía de rodillas como un reptil que acosa su presa, y alzóse repentinamente al ver que María, dirigiéndose á una persona que á la sazón pasaba por la calle, exclamó:

—¡Ah! Carlos, Carlos...

El P. Ubaldo observó la mirada que desde la ventana partió á la calle y echando la capucha sobre su cabeza, bajó apresuradamente las escaleras, encontrando en el portal al jóven á quien María se había dirigido.

RAMON RUA Y FIGUEROA,

(Se continuará).

LA PASTORA DEL EUME.

BALADA.

Ya el sol sus rayos de oro
tiende alegre en la montaña;
pastora del Eume, mira,
mira como el sol te llama.

Ya la alondra sube y sube,
y allá entre los cielos canta;
pastora del Eume, escucha,
escucha como te llama.

Ya del valle entre las flores
doy al viento esta balada.
Pastora del Eume, siente,
siente mi voz que te llama!

Todo te dice, Pastora,
que salgas de la cabaña;
todo te lo dice, todo,
el sol, la alondra y mi alma!

B. VICENTE

Coruña—1870.

GALICIA PINTORESCA.

EL LAGO DE DONIÑOS.

La gran balsa que voy á describir, situada al O de la feligresía de San Roman de Doniños, es digna de la mayor atención, por la posición que ocupa, por su configuración, por sus tradiciones y por los gloriosos recuerdos que á su vista asaltan nuestra imaginación.

En mi constante deseo de visitar y de estudiar todo lo notable de este poético y delicioso país, hice también una excursión á este famoso lago en una hermosa mañana del otoño, acompañado de otros camaradas.

Nos habíamos propuesto á la vez, no sólo disfrutar de las encantadoras vistas que desde varios puntos del camino se presentan, sino recordar también los gloriosos acontecimientos que tuvieron lugar en algunos de estos interesantes lugares.

Fué nuestro punto de partida la puerta más antigua de esta plaza de armas, nombrada de *Canido*, que aunque hoy no es la principal, conserva su celebridad entre los ferrolanos, por haber sido la que dió entrada al ejército francés al mando del mariscal Soult, duque de Dalmacia, en 27 de enero de 1809, por medio de una honrosa capitulación, despues de seis días de un rigoroso sitio y de estar rendidas todas las demás plazas y ciudades de Galicia.

Desde esta puerta tomamos la nueva carretera que conduce al faro del *Cabo-Prior*, construida ya hasta el soto llamado de *Valerio*, por hallarse situada allí la antigua casa solar de los *Valerios del Monte*,

Atravesamos el nuevo puente de *Aneiros*, levantado en 1856, y dejando á la derecha la religiosa vereda que conduce al santuario de la Virgen de *Chamorro*, célebre por sus tradiciones, por su general devoción en todo este país y por la interesante posición que ocupa cerca de la cumbre de la alta montaña de su nombre, tomamos el camino que dirige hasta el frondoso soto llamado de los *Corrales*.

Por esta estrecha vereda, dejamos á la izquierda las casas solariegas de los *Blanco y Andrade* y de los *Senras*, con los caseríos que las rodean y á la derecha el pintoresco valle de *Vilasanche*, con su casa solar de los *Díaz y Castro*, la nueva iglesia en construcción de la parroquia de San Salvador de Serantes y las ruinas de la antigua, que sirve hoy de cementerio.

Desde el soto de los *Corrales* y atravesando el río que allí desagua en el puerto, después de dar impulso á varios molinos harineros, tuvimos que subir la rápida y escabrosa pendiente de la cumbre nombrada *Montecoruto*, por la vereda que conduce á los nobles lugares de *Balou y Mouga*, célebres en los anales de nuestra historia. Ante la vista de sus modestos y aseados caseríos, y al pastoril sonido de los sencillos y alegres cantares de los labradores y zagalas esparcidos en el laboreo de las tierras, recordamos el notable hecho de armas de sus ascendientes, que llevó á aquellos pobres y honrados lugareños la notoria nobleza de que hoy disfrutaban.

La concesión de este privilegio, hecha en 1414 por el rey don Alfonso XI, y confirmada por Enrique II y su hijo don Juan I, se fundó en los servicios prestados por don Pedro Nuñez Freire, que con mucha gente de á pié de este país, contribuyó á la guerra de Andalucía contra los moros del poderoso *Abolhacen*, rey de Belamerin y Granada, distinguiéndose particularmente en la famosa batalla del *Salado*, dada en las cercanías del río de este nombre, junto á Tarifa, al amanecer del 30 de octubre de 1340.

El panorama que se descubre desde una de las alturas en que se hallan situados aquellos lugares, es pintoresco é interesante. Por la derecha las cumbres de la cordillera cantábrica, que desde el *Campelo* viene á terminar en el cabo *Prioriño*: á nuestros piés la espaciosa ensenada de la *Malata* con las fábricas que se hallan á sus orillas, y tendiendo la vista hácia el Oriente y Sur la parte principal de la espaciosa bahía del Ferrol, ostentando en sus riberas los fuertes y baterías de la plaza y de los arsenales; al frente las villas y puertos de *Mugardos* y del *Seijo*, la pintoresca ensenada del *Baño*; y por último, la ría que entrando y perdiéndose en lejanía por entre las risueñas riberas de los puertos de *Barallobre*, *Fene* y *Neda*, hasta terminar en el hermoso puente de *Juvia*, son los objetos que á un mismo golpe se presentan á nuestra vista.

Después de disfrutar de tan risueño paisaje de la ría, continuamos por la vereda que conduce á la aldea de *Doniños*; subimos la cima que la domina por Oriente, y de repente fuimos sorprendidos con otro espectáculo sublime y magestuoso.

La limpia atmósfera de que oportunamente

disfrutábamos, nos proporcionó ver una parte del vasto Océano, con las islas de *Cisarga* á larga distancia, más cerca la costa de la *Coruña*, presentando en una de sus puntas la famosa é histórica *Torre de Hércules*, y á nuestros piés el extenso arenal de *Doniños*, con parte ya del lago, objeto principal de nuestra caravana.

Bajamos por rápidas pendientes hácia el delicioso valle en que se encuentra la iglesia parroquial y los principales grupos de casas de la feligresía, rodeada por todas partes de montañas, y en el fondo de este valle, á su conclusión mejor dicho, entre el severo é imponente rugido de las olas del mar cantábrico que vienen á estallar en el grad playazo, formando una resaca amenazadora, pudimos contemplar el extenso lago que á nuestra vista teníamos.

Habíamos andado 6 kilómetros desde el Ferrol. Nos acercamos á las orillas de aquel vasto depósito de agua, y embarcados en uno de los botes que flotan en el mismo, recorrimos y reconocimos á nuestra satisfacción, por todas sus laderas, aquella gran balsa, disfrutando un momento de verdadera recreación.

Este lago, despojado de la maligna influencia que en semejantes depósitos es constante, se halla inmediato al mar. Su figura es algo elíptica, con el diámetro mayor en la dirección E. O. y tiene de área unos 690,850 metros cuadrados: su profundidad muy varia, y la mayor podrá llegar á unos 18 metros. Sus bordes, que son de arena y fango, se presentan por lo general con bastante declive. Este gran estanque está cercado de un cañaveral, y en otros tiempos sacaban los habitantes de sus cercanías algún beneficio de la pesca, que recogían en el mismo: se encuentran sábalos y otros peces, y anguilas que llegaron á pesar hasta 7 kilogramos. Sus aguas en tiempo de verano están regularmente más bajas que el nivel del mar, y en invierno se llena tanto la balsa con las vertientes de los montes que la rodean, que sobrepasa su nivel la gran barrera de arena que la separa del mar, y entónces en los tiempos barrascosos se mezclan las aguas del océano con las del lago, por los embates y fuerte resaca de las olas, tomando por lo mismo un gusto enteramente salobre. Aunque por el verano no haya esa mezcla, no por eso desaparece totalmente el gusto salitroso; porque la mucha evaporación que experimenta aquel extenso receptáculo, conserva esta calidad sin que el agua del mar que filtra por la barrera de arena tenga una influencia muy activa para conservar por completo la propiedad amarga en aquella concavidad.

Discurriendo con el lugareño que nos acompañaba acerca del espectáculo que teníamos á nuestra vista, y sobre el origen de aquella gran balsa por el notable sitio en que se halla situada á la inmediación de un antiguo castillo, nos refirió la tradición que entre los naturales del país se conserva, y que ya está indicada en algunas obras geográficas, de que en el sitio de este vasto depósito existió un pueblo grande que tenía el nombre de *Ciudad de Valverde*, y que un fracaso, sin decir de que especie fuese, hundió este pueblo, reduciendo su sitio á lago. Aunque esta

radición no esté fundada en datos fidedignos, tampoco se puede negar el hecho con razones positivas, quedándonos por consiguiente en las dudas que nos producen innumerables acontecimientos de la antigüedad envueltos en la oscuridad de los tiempos.

Sabemos que existieron pueblos en España, de los cuales no se hace mención por los primeros escritores, ni aún se encuentra a menor tradición que los recuerde en el arido terreno de la historia. Tales son *Aria*, *Ceret*, *Irippe* y otros que, por ser ciudades que tenían el privilegio de batir moneda en tiempo de los romanos, sabemos de su existencia por las acuñadas en aquellos pueblos, aunque ignoremos ahora los sitios que estas tierras ocuparon. Entre la falta de noticias de los escritores antiguos, tiene a su favor el *Valverde* una memoria al menos transmitida de padres á hijos, aunque confusa y mal acreditada, aumentada con la circunstancia del nombre que conserva la parroquia *Doniños*, corrupción de *Dos niños*, que dicen fueron los únicos que se salvaron de la catástrofe a tiempo del hundimiento, por suponerse talasen fuera de la población en los cerros inmediatos. Hay personas que opinaron, que la situación de esa loma en la vertiente de una larga cañada que forman los montes que rodean de una y otra parte, no favorece mucho a la denominación que se atribuye á la ciudad que se presume sumergida, pues su nombre arguye frondosidad y lozanía en sus cercanías, y en la época en que escribieron esta opinión se manifiesta al terreno algo ingrato; pero prescindiendo ya de que hoy el valle de *Doniños* presenta un aspecto mas favorable a la vegetación, quizá en los tiempos antiguos lo presentase con esa frondosidad que después pudo muy bien desaparecer con el abandono de aquel lugar á consecuencia de la catástrofe. Sin embargo, no podemos afirmar ni negar completamente la tradición que conservan los naturales, sobre la existencia de aquella ciudad, aunque en el lago de las Basoñas y de Carreira, frente á los escollos del mismo nombre, hay tradición de haberse hundido otro pueblo, al que dan la misma denominación, pero según varios historiadores, con poco fundamento tambien.

(Se concluirá).

JOSÉ MONTERO Y AROSTEGUI.

LA FUENTE DE LOS SUEÑOS.

I.

Los que bajais en las tardes
de la primavera hermosa
á la fuente de los sueños,
amantes llenos de gloria;
venid á mi que yo canto
las leyendas misteriosas
que allá en la noche repiten
sus aguas murmuradoras,
y habito en estos lugares
escondido entre las sombras
y converso con los genios
que en mi caverna reposan,
y gozo con sus placeres
y lloro tambien si lloran,

y es mi cantar del crepúsculo
la armonía misteriosa.

II.

«Niña de los ojos negros
¿por qué gimes? ¿por qué lloras?
¿quién te vanece, alma mia,
tus ilusiones de gloria?
¿quién agitó de tu pecho
la tormenta bramadora
que por tus ojos, morena,
lanza cristalinas gotas?
¿quién marchitó tus colores,
blanca flor de los aromas?
¿quién te aflige, hermosa niña?
virgen pura ¿por qué lloras?»

Así dije una mañana

á la sencilla pastora
que gemía en la montaña
triste, moribunda y sola,
al aire sus trenzas negras,
sentada sobre las rocas.
Nada respondió la niña,
que en su pecho de paloma
sólo hay suspiros que nacen
de las lágrimas que llora.
¡Pobre niña! ¡Pobre niña!
del valle la más hermosa!
El galán de tus amores
ha muerto al nacer la aurora,
cual muere el cisne tranquilo
en las agitadas ondas,
como el sol si en el oriente
la luna pálida ama...
¡Pobre niña! ¡pobre niña!
del valle la más hermosa!
Ven, y duérmete en mis brazos
olvidando tus congojas,
que errante por las montañas
de Galicia mi señora,
doy consuelo en mis cantares
á los amantes que lloran.

III.

Junto á la ignorada tumba
del que amaba á la pastora
en medio del césped blando,
de los juncos y las rosas,
y la azucena silvestre
y el lirio de los aromas,
brotó esta fuente de plata
gentil y murmuradora
á donde baja de las tardes
á beber una paloma
que con arrullos dulcísimos
me dice oculta en la sombra:
«Trovador en las montañas,
ven, consueta á la que llora.»
¿Quién eres, ave ligera
de la voz melancólica,
blanco espíritu celeste
de estas campiñas señora?
No sé! tal vez mensajera
del amor y de la gloria,
tal vez el ánima virgen
de la inocente pastora;
que si el amor es eterno
como el Señor y sus obras,
trás del confin de la vida,
trás de la tumba se adora.

JUAN MANUEL PAZ.

Orense. — 1874.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

D. JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

«Náufrago salvado de las tormentas de la política, poeta de corazón adherido á su suelo natal, como flor indígena que se abre sobre él la aromática esencia de su cáliz.» En estas breves palabras que mi querido amigo Sr. Vicetto, ha escrito en una ocasión acerca de este poeta, está admirablemente comparada la su vida, toda modestia y sencillez.

Sin aspiraciones y entregado soamente al dulce comercio de la poesía, desde una hermosa ciudad de provincia, que era también su ciudad natal, vió deslizar los mejores años de su existencia, una de las más queridas en la vasta extensión que forma lo que en otro tiempo ha sido un reino poderoso y fuerte. Poeta de sentimiento, más que de imaginación, le bastaba un estrecho círculo en que girar, con tal que pudiese sentir su corazón, que era á no dudarlo, su verdadera lira, pues en todas sus poesías se nota esa grata melancolía, esa vaguedad tiernísima, esa dulzura que forma los atributos de la poesía nacida en aquellas costas en que él cantaba.

Corrían los años de 1840 y fué entonces cuando Galicia, ese hermoso país de quien dijo Lope de Vega:

...nunca fértil en poetas

vió surgir de su seno una juventud entusiasta, una juventud llena de inspiración y de fé en sus esfuerzos. ¡Ay! muchos de aquellos jóvenes que eran la esperanza de su patria, desaparecieron ya: la muerte parece complacerse en agostar en flor los más esclarecidos ingenios de aquellas cuatro provincias.

Entre los primeros descoló el joven Puente y Brañas, y por eso cuando en 1843 se *Porvenir*, periódico literario de gratos recuerdos en aquel país, agrupaba en torno suyo todo lo que había de bueno y entusiasta en Galicia, él formó á su vez en aquel pequeño ejército de donde salieron periodistas insignes, inteligencias que desaparecieron para siempre, y que ménos afortunados que él, duermen su último sueño lejos de su patria querida y bajo un cielo extraño.

Nació Puente y Brañas en la ciudad de la Coruña el 12 de julio de 1824.

Estudió filología en la universidad de Santiago, y en esta y en la de Madrid, cursó la carrera de leyes, recibiendo de abogado en 1845, y empezando á ejercer la abogacía á la edad de 21 años. Profesor de retórica y poética en el instituto de segunda enseñanza de la Coruña, explicó dos años dicha asignatura, con general aplauso de cuantos asistían á oír sus explicaciones, y en este cargo, como en el de secretario de la diputación provincial de aquella capital, que ejerció desde 1854 hasta el cambio de aquella situación política, se granjeó la general estimación de cuantos le trataban. Conocida su honradez y su probidad, la autoridad superior militar de aquel distrito (julio de 1856), le concedió interinamente el puesto que venía desempeñando, hasta que constituida de nuevo aquella corporación, rehusó, á pesar de la triste situación en que quedaba sumido, el seguir en aquel destino y el admitir el sueldo que un consejero provincial le cedia por despachar los asuntos que le correspondiesen.

Á tal punto llevó sus sacrificios; pero si su vida política está llena de amarguras que no nos toca enumerar, no así la literaria. Entre los escritores que huyendo del bullicio de la corte, se dedicaron al impenoso y penoso trabajo de levantar con su ejemplo la

literatura de cada una de las provincias á donde se retiraban, ninguno, estamos seguros de ello, recibió más plácemes y fué más generosamente atendido que el autor de *Maria Pita*.

Las tradiciones, las acciones heroicas, las glorias de su patria, todas tuvieron un lugar en la lira del poeta. Hijo del pueblo, cantó con él y para él; poeta, nos abrió su corazón, él nos dió á conocer en fáciles y sentidos versos el gran tesoro de su ternura; la leyenda, el drama, el romance, todo le sirvió admirablemente para desenvolver sus pensamientos, y así de su primer drama *Maria Pita* hasta su leyenda *Alonso Pita da Veiga*, y su romance el *Doncel del rey don Juan*, se ve en él, al poeta provincial cantando su patria, la pequeña patria de su pueblo natal, de su provincia querida.

Aunque no vamos á analizar sus obras, porque no es ese nuestro propósito, ni la índole de esta biografía lo permite, déanos permitido presentar á este escritor bajo las diferentes fases literarias en que debe ser considerado.

Como escritor dramático, se advierte en él esa facilidad en la versificación, que constituye el mayor encanto de todas sus obras. Véanse los versos del drama *Maria Pita*, en los que resume la historia de su heroína, esa historia que no debia cubrir jamás el polvo del olvido del que la levantó la cariñosa mano del poeta.

Una vez cada año aquesta historia
Un sacerdote á nuestro pueblo cuenta (1)
Y escuchando esta página de gloria,
La gente en torno le rodea atenta.

Y en consagrar por cierto bien hicieron
Este recuerdo que su honor completa,
Pues para ella ¡ay! nunca tuvieron
Cinzel el escultor, lira el poeta.

Acaso por ser pobre y artesana
Su valor y heroísmo no cantaron,
Y con arpa sonora y cortesana
A los grandes y ricos ensalzaron.

Ninguna lira su valor exalta,
Nadie cantó su portentosa obra;
Mas no importa, por Dios, ni le hace falta,
El pueblo la admiró y esto le sobra.

Supo dar á sus argumentos admirable novedad, sostener los caracteres con gran maestría, desenvolver la acción de sus dramas con naturalidad suma, sin que se echen de ver jamás en él esas transiciones violentas, esos golpes de efecto á que tan aficionados se muestran nuestros drama urgentes. Basta saber, que uno de sus dramas, el *Juramento cumplido* no tiene más que tres personajes, y no decae jamás en su interés, de tal modo, que tiene durante el acto único de que consta, suspenso al público la novedad de su argumento. De este drama, que se representó con gran aplauso en la Coruña, no podemos resistir á la tentación de copiar el siguiente diálogo, y la verdad con que retrata en Fernando aquellos caballeros que todo lo esperan de su valor y de su suerte.

FER. Creed que de buena gana
Siguiera á cualquier era parte
Su victorioso estandarte...
Mas tengo una madre anciana,
Y á no ser su amor profundo,
Caballero, no os asombre,
Podeis creer por mi nombre
Tal vez fuera espanto al mundo.
REY. ¿Esperais mucho?
FER. Sí á fé.

(1) Alude al aniversario de la defensa de la Coruña, que se celebra en aquella ciudad.

la esperanza sigo en pós.
 REY. ¿Y quién os protege?
 FER. Dios.
 REY. ¿Y os auxiliará?
 FER. No sé,
 REY. ¿No tenéis amigos?
 FER. No.
 REY. Mas sois arrogante.
 FER. ¡Oh! sí.
 REY. ¿Y en quién confiáis?
 FER. En mi,
 Y al fin pienso vencer yo.
 REY. ¿Sois ambicioso?
 FER. Ya veis.
 REY. ¿De honores?
 FER. Los tengo en poco.
 REY. ¿Riquezas al vez?
 FER. Tampoco.
 REY. ¿Luego que es lo que queréis?

No seguirémos: sus dramas son los siguientes: *Maria Pita*, en tres actos. *El Juramento cumplido*, en uno y *La Minoría de Carlos II*, en cinco: sus comedias *Un Amigo*, en dos actos y el *Gaban blanco*, en uno; y sus juguetes; *Cada cual atiende á su juego*, la *Mesa giratoria* y *Manolo*, parodia de Hernani, están escritos de tal modo, que no desmerecen en nada de lo ju ta reputación de su autor.

Al juzgarle como poeta lírico, séanos permitido no entrar en el exámen detallado de sus diversas composiciones. Su leyenda, si bien se halla despojada de esa poderosa y rica imaginación con que la ha ataviado Zorrilla, de tal modo que hasta ahora no cuenta rival, en cambio camina á la conclusión con cierta gracia y precisión, con tanta fluidez y naturalidad, que encanta y arrastra al lector interesado por los personajes y por las situaciones que ha creado el poeta. En cuanto á las composiciones sueltas, Puente y Brañas escribía con el corazón sin pararse en rebuscar palabras más ó menos sonoras; y atento al pensamiento sabía revestirlo, sin embargo, de las sencillas galas de una versificación facilísima, una de sus mejores dotes literarias.

Tres son las leyendas que bajo el título de *Preliudios del arpa* ha publicado, la *Mitra del Abad*, *Alonso Pita de Vega* y la *Virgen de Benaval*, todas ellas notables por la facilidad con que están escritas. Esta última en particular, a mejor de todas ellas, y en la que el autor se presenta en todo el esplendor de su génio, es admirable y digna del mejor de nuestros poetas. La tradición, que vive en el pueblo como si fuese su familia, le dió a-unto para tan hermoso libro: él recogió los esparcidos huecos, formó el esqueleto, sopló sobre él y le animó. Con gusto copiamos aquí algunos trozos, para que por ellos pueda colegirse lo que es en sí aquella leyenda. Véase como pinta en una sola quintilla el dolor de la jóven doncella á quien el mandato de su padre arranca á la vida de la pasión para arrojarla en medio de una opulencia que la martiriza, porque es el precio de un perjurio:

¿Qué vale de aquellas galas
 La brillante ostentacion?
 Qué vale si en conclusión
 No puede tender sus alas
 Para huir de la prision?

Véase que grito de indignación arranca á su alma generosa el ver subir al patibulo, al inocente á quien condenan todas las apariencias.

¡Justicia de los hombres miserable!
 ¿Quién ante tí no tiembla y no se espanta,

Al ver que sobre voz tan despreciable
 Un cadalso sangriento se levanta?

No hablaremos ya de sus poesías, en que como en todas sus obras se vé siempre el sello de su originalidad, y la verdad del sentimiento que las ha dictado, dotes nada comunes hoy en que todo se sacrifica al ropaje, á la forma, descuidando (en esto está el mal), y sacrificando á ella la mas de las veces, la idea que es el alma de toda obra literaria. Nosotros que en nuestra niñez hemos aprendido de memoria los versos del jóven poeta, nosotros que hemos hallado en ellos la inspiración, la dulce inspiración de aquellas playas y de aquellas montañas, debemos llorar por el poeta que se fué, debemos llorar por él y consagrarle una memoria, y pedir con su canto que cubran amigas su tumba aquellas ilusiones á quienes dijo en otros tiempos:

Venid abuyentando la sombra importuna;
 De santas creencias, traedme a paz,
 Y pues que tan bellas cercásteis mi cuna,
 Conmigo al sepulcro piadosas bajad.

Hemos, pues, cumplido con un deber de nuestro corazón; la juventud literaria de aquellas cuatro provincias llora con nosotros al maestro querido, se apresura hoy á llevar sobre su sepulcro las flores de las inteligencias abiertas al dulce rayo de su inspiración perdida.

Una pasión de ánimo le llevó al sepulcro, de tal modo, que su muerte (1) tiene también algo de aquella dulce poesía que llenaba su corazón.

Así podemos decir de él lo que Lamartine de Byron.—¡Ha muerto también!

MANUEL MURGUIA.

1859.

Á UNA MUJER.

Brillante por sus colores,
 brillante por su hermosura,
 de la aurora a los albores
 se levanta entre otras flores
 la rosa fragante y pura.

Abre el caliz dulcemente
 del sol á los rayos bellos:
 y se abandona imprudente
 al placer vivo y ardiente
 que la causan sus destellos.

Más llega la tarde impia,
 ¡inocente y pobre flor!
 pierde toda su alegría,
 su aroma, su lozania
 y hasta el sol que era su amor,

Tú también, como la rosa,
 te alzas, mujer, entre mil,
 brillante, pura y hermosa,
 con tu frente candorosa
 y tu sonrisa infantil:

Pero un dia ¡ay triste llega
 en que el tierno corazón
 á un funesto amor se entrega,
 y tras su vaná ilusión

(1) Murió el 10 de julio de 1857.

corres delirante, ciega.
Amas... ¡y qué? Poco dura
esa dicha tan ansiada,
y cuando huye tu hermosura,
huye también tu ventura...
¿Qué te queda entonces, nada?..

AUGUSTO ULLOA. (1)

BALADAS DEL GÉNESIS.

II.

La envidia.

Al salir del Paraíso, Adán conoció á Eva, y Eva concibió y parió á Cain, diciendo: *he adquirido un hombre por Dios.*

Después de tener un hijo, Eva concibió y parió otro, Abel.

Cain, que era fornido y vigoroso, se hizo labrador.

Abel, que era ménos fornido y vigoroso, se hizo pastor de ovejas.

Las tierras que labraba Cain, apenas producían. Los ganados que llevaba á pastar Abel, se multiplicaban.

Cain, viendo esto, trató de hacerse pastor de ganados a la vez que labrador, pero sus ganados no se multiplicaban como los de Abel.

—Hermano, le dijo á Abel, hagamos ofrenda al Señor. Sobre la montaña más alta del valle que habitamos, yo ofreceré mañana á Dios presentes de la tierra y tú le ofrecerás presentes de tus ganados.

Abel accedió.

Cain, muy de madrugada, llevó á las rocas de la montaña frutos de la tierra.

Abel, cuando llegó más tarde, apenas tuvo donde colocar los primogénitos de sus ganados y las grasuras de ellos, pues todo lo tenía Cain ocupado con sus presentes. Resignado Abel, los colocó después de los de Cain.

La aurora tendió su velo de plata y rosa en el océano del aire, el sol brilló poco después, y el Señor descendió á la cumbre de la montaña.

Pero, al descender no miró sino á Abel y sus presentes: á Cain, ni sus presentes, no los miró.

A Cain se le descomuso el semblante.

A cada palabra que dirigía el Señor á Abel, Cain hacia crujir sus dientes y apretaba sus puños de envidia.

El Señor se volvió á Cain.

—¿Por qué se ha demudado tu semblante? le preguntó; si bien hicieras, serás recompensado; y si mal hicieras, pecarás; porque en ti está el conocimiento del bien y del mal.

Cain desesperado dijo á Abel:

—Bajemos de aquí.

Y Abel bajó.

Al llegar al valle, Cain, que iba delante, se volvió hacia Abel, y le miró con ojos irritados.

—Hermano, le dijo Abel, ¿por qué me miras así? Cain, por contestación, sujetó sus brazos.

—Hermano le dijo Abel, ¿por qué me agaras así?

Cain, por contestación, le arrojó al suelo.

—Hermano, le dijo Abel, ¿por qué me abates así?

Cain, por contestación, cogió con sus dos manos la cabeza de Abel y la estrelló una, dos y tres veces sobre una roca, hasta que saltó la sangre y se empapó en la tierra.

Después, aún cogió un peñasco, y lo colocó sobre la cabeza de Abel, ocultando el semblante de su víctima.

Pero, apesar de haber colocado encima aquel peñasco, le pareció ver el rostro de su hermano al través del granito.

Entonces, corrió hacia el bosque.

En el camino, los balidos de las ovejas parecían decir: «¡Abel! ¡Abel!»

Y Cain tuvo más y más miedo, y ganó el bosque precipitadamente.

En el bosque, el susurro del aura entre las hojas, parecía que murmuraba también ¡«Abel! ¡Abel!»

Y Cain se hundió en la espesura, con los puños crispados y los párpados caídos con fuerza sobre los ojos.

Entonces resonó esa voz que está en la luz, que está en el aura, que está en el río, que está hasta en el coliz de la azuzena, y dijo:

—Cain, ¿en dónde está tu hermano Abel?

Cain hizo un esfuerzo supremo, enderezó su elevada talla, y contestó:

—No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?

Y le dijo el Señor:

—¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca, y recibió la sangre de tu hermano muerto por ti. Cuando la labrares, no te dará sus frutos: vagabundo y fugitivo serás sobre ella.

Cain abatió su rostro sobre las yerbas del bosque.

—Mi iniquidad es muy grande dijo, para merecer perdón; pero al echarme de la haz de la tierra, y esconderme de tu presencia, siendo vagabundo y fugitivo, todo el que me hallare me matará.

—No será así, le dijo el Señor, antes bien todo el que matare á Cain, será siete veces castigado.

En seguida, Dios le puso una señal para que nadie lo matase.

Y Cain salió de la presencia del Señor, dirigiéndose fugitivo hacia el lado oriental de Eden.

B. Vicetto.

(Se continuará.)

A ILDAÑA.

Cuando miras sonriente,
á un ángel del cielo igualas:
¡sólo te faltan las alas
y una aureola en la frente!

B. VICETTO.

(1) Hoy Ministro de Estado. Es de Lugo.

GALICIA GEOLOGICA.

Tierra en general.—Terrenos geológicos: terrenos primitivos: terrenos secundarios: terrenos de transición: terrenos terciarios: terrenos de acarreo: terrenos volcánicos.—Suelo y subsuelo.—Tierras básicas.

TERRENOS PRIMITIVOS.

(CONTINUACION.)

Nuestras rocas talcosas son.—1.º la *esteatita* piedra ollar ó jabonosa, según se ve á un cuarto de legua al N E de Santiago, á una y media N al E de Sobrado, en Villamor á media legua al N E de Mellid etc.—2.º la *serpentina*, roca verde manchada con más ó menos hierro y *amphibol*, que está al E de Mellid, en las Pias, en el Corno de Boy, cerca de Castrovite una legua al E del Puente Ulla, en la sierra de la Capelada, en Lanzo seis leguas al E. de Santiago y en S. Jorge de Moeche.—3.º la *enfolida*, talco con feldespato, existente media legua al E de Mellid.—4.º la pizarra cloritosa verde ó verde azulada que hay en Castriz, en tierra de Arzua en la de Deza, en la de Montes, al O del río Tambre, entre Sta. Marta y Jubia, y cerca de Carballo.

Además nos ofrece el terreno primitivo una *caliza carbonatada* en el hermoso mármol blanco ó algo azulado, que forma una gran veta en S. Jorge de Moeche, y otra gran masa tres leguas al N E de Lugo, de la que se surte de cal el interior.

IV.

TERRENOS SECUNDARIOS.

Formados por deposición en el seno de aguas tranquilas dulces ó saladas, contienen en su masa restos vegetales ó animales. Se llaman también *terrenos de sedimento* y generalmente son poco fértiles sin un esmerado cultivo, ya se presenten en bancos horizontales ó casi horizontales, ya en colinas achatadas ó como truncadas en sus cimas.

La cal es la base de los terrenos secundarios, más ó menos entremezclada con arcillas y con arenas, que tal vez pegadas entre sí forman piedras areniscas, como granitos imperfectos. Si estas tres bases minerales se reúnen en cierta proporción, dan origen á margas hojosas ó compactas que se desmoronan con suma facilidad al aire, hasta reducirse por sí mismas á polvo.

El valle de Lemos, la Somoza mayor, el valle de Sarria, el cenizo de tierra Chan, Lugo al S. el valle de Quiroga, Rubiana sobre el Barco de Valdeorras, entre el Beijo y Larouco son los principales puntos en que existe en Galicia la formación secundaria, representadas por margas arcillosas de varios colores en bancos horizontales, alternados por delgados lechos de arenisca gruesa [verdosa, y acaso en algunos puntos con yeso, combinación de ácido sulfúrico y cal.

V.

TERRENOS DE TRANSICION.

Median entre los de cristalización y los de sedimento, participando de ambas formaciones, ó más bien son de formación dudosa entre ambas. Sus bases más comunes son la *alúmina*, el *carbon*; el *hierro*, la *cal* y la *silice*. Su aspecto excesivamente quebrado, con picos, lomas y profundas cañadas, muy cubiertas de espontánea y vigorosa vegetación. Una cuarta parte escasa del terreno de Galicia, la más oriental, es de esta clase.

Su roca principal es la pizarra arcillosa, negra, como en la sierra de los Caballos, Valdeorras, sierra del Eje, ó más ó menos verdosa, como en la costa al O de Rivadeo, en Sante, cerca de Lorenzana y Mondoñedo, y al N del Cebreiro. Otra gran faja de pizarra negra está enclavada entre el terreno primitivo, desde la costa del Barquero hasta Monterroso, en donde le sirve de muro al O un prolongado creston de cuarzo. En estas pizarras hay muchos y buenos criaderos de hierro pardo hidroxidado, y algunos otros metales.

La caliza de transición, combinación de cal con el ácido carbónico, forma un mármol azulado en bancos ó en masas, que alternan con las pizarras, como en la cordillera del Cebreiro desde Villapun hasta el monte Formigueiros, en Cruzul y Becerreá, y menores masas al E de Mondoñedo, al S de Masma, en el valle de Lorenzana, en el de Riotorto, en el de Francos 4 leguas al N E de Lugo, más al S en Pena y Bolaño, en el valle de Ferreyros, al N del Barco de Valdeorras y en algunos otros parajes dependientes de esta formación.

El cuarzo de transición, ya forma crestas, como en Sante, Quereño, Fontaneyra y otras partes, ya presenta una cuarcita en tajos, que sobresalen de la superficie, haciendo el país más áspero, como en el serron del Courel, en los picos de la Moa y del Cereugo, en la Peña del Timon, en la costa de Rilo, etc., ya en fin, cargada de feldespato figura un eurito como en el valle de Trabada.

VI.

TERRENOS Terciarios.

De sedimento más moderno, apenas son distintos en su apariencia de los secundarios, aun que mucho más fértiles que ellos. En Galicia no los tenemos, y de consiguiente tampoco los depósitos de carbon de piedra que suelen encerrar entre areniscas, ni sus excelentes yesos, ni sus gredas, margas y arcillas, ni sus silicatos de cal ó sus rocas de agregación, formadas de fragmentos de otras más ó menos finos travados por un cemento particular. Solamente al O de la villa de las Puentes de García Rodríguez, entre arcilla plástica y arena, se encuentran grandes capas de *lignito* de una á dos varas de espesor, cuya explotación sería útil porque es fácil, y no son tan incombustibles como parece sus carbonizados troncos.

VII.

TERRENOS DE ACARREO.

Llamamos así á todos los formados por aguas in-

quietas, distribuyéndolos en acarreo antiguo ó *diluvial* y acarreo moderno ó *aluvial*. Sobrepuestos siempre á los demás, y tanto más fértiles cuanto es menor su antigüedad y su espesor, se ofrecen siempre á la vista en llanuras ondeadas más ó menos cóncavas. Desde el terreno primitivo, que eleva hasta las nubes sus picos, los demás parece que se van rebajando hasta el de acarreo, que llega á presentar curvas entrantes más ó menos ligeras, rara vez interrumpidas por colinas redondeadas, compuestas de los mismos materiales acarreados, que parece tropezaron con algun obstáculo ó fueron arremolinados en derredor de él.

Materiales inconexos, arenas, cantos rodados, arcillas de distinta naturaleza, preciosos minerales y entre ellos oro en pajuclas ó en granos, y otros despojos de distantes rocas, sueltos ó trabados, son los elementos de los terrenos de acarreo.

Los diluvianos arrastrados por una fuerza mayor tienen mayores dimensiones, presentan grandes peñas como rodadas erráticas, y ocupan situaciones que no son ahora fácilmente inundadas. Los aluviales tienen menor extension y profundidad, materiales más diminutos, y gran cantidad de sustancias vegetales reducidas á tierra, en cuya virtud son sumamente fértiles. Hoy mismo nos dan una perfecta idea de estos terrenos los de aluvion más moderno que forman á nuestra vista la mar en sus riberas y los rios en sus márgenes.

El terreno *diluvial* gallego está en capas en los grandes valles y en muchas anchurosas mesetas, ó bien en fajas, situadas á la falda de los montes que cierran valles estrechos, á una altura á que no alcanza hoy ninguna avenida.

Las capas diluviales pertenecientes á los valles, auríferas cuando vinieron de un terreno de transicion, están cubiertas por acarreos modernos, ó descubiertas indudablemente por el hombre para explotar su oro, presentándose entónces como montones de cantos rodados, por lo comun de base cuarzosa. Véanse estas capas diluviales, intactas ó explotadas, junto á la ria de Foz, al O de Rivadeo, en Montefurado del Eo, en el valle de Oro, en Moncelos y otros puntos de tierra Chan, en las inmediaciones de Lugo, en Constantin, orillas del Neyra, en Villachaa orillas del Navia, cerca de la Puebla del Brollon, en las márgenes del Lor, en muchos puntos del valle del Sil, en el de Vibey, en el del Miño, entre Orense y Rivadavia, en Salvatierra, en las cercanías de Tuy, en el valle del Rosal, en las inmediaciones del Burgo, en las Mariñas de la Coruña y de allí hácia Carral.

En las llanuras altas forma el terreno diluvial, reposando comunmente sobre otro primitivo fértil, eriales extensos nombrados *gándaras*, como los que hay en gran parte de tierra Chan, en el llano de Roupár, en los de Guiteriz y de Narla, en la gándara de Guntin sobre los valles de Sarria, en los llanos de la Rua y del Barco de Valdeorras, en los de la Limia, en la gándara de Maceda, en la del valledel Porriño, en la de la campaña al O del Puente Cesures, al N de Cúntis, en varios puntos de Bergantiños y de las Mariñas etc. etc., sitios todos que llaman la atencion por sus arcillas para teja y loza, y por hallarse sin cultivo en medio de terrenos bien cultivados.

Por último nuestro terreno *aluvial dulce*, más ó ménos antiguo, compuesto de guijo menudo, de arena, arcilla y en una palabra de cuanto llevan por delante los rios y los torrentes, se halla abundante y bien regado en tantos frondosos valles como posee Galicia. Los de Mondoñedo, Lorenzana, Corrujo y Sar pueden ser muestras de este fértilísimo terreno, así como las fecundas vegas de Sarria, Verin, Salvatierra, Tuy, Salnes, Padron y mil otras análogas. El *aluvial marítimo*, mezcla de arenas y conchas echadas sobre las playas por el mar, del todo estéril sin arte, se encuentra en toda la costa, y más latamente en Cangas, istmo del Grobe, Villagarcia, cercanías de la Puebla, Sta. Eugenia y Corrubedo, en Muros y la Carnota, en Baldayo, en el Pasage, en Sada y Vivero.

J. M. Gil.

(Se concluirá.)

EPÍSTOLA.

A mi distinguido amigo don D. Benito Vicetto.

No en caballo español, bayo y ardiente
llegué á Cambre, pues vine caballero
en un burro leal, manso y prudente,

Y merecer tu crítica no espero
por tal burrada que sujeta á pena
la órden del Señor Carlos Tercero.

Mi libre voluntad realizo agena
al precepto que marca su ordenanza
cuando montar en tal jaez condena.

Y si tengo de hablarte en confianza
al ver la calidad de las neófitos,
no pierdo de cruzarme la esperanza.

Pues si consiste en dar algunos gritos,
firmar recetas, ó morir de miedo,
esto, amigo, me importa cuatro pitos.

Ser un héroe por fuerza, vale un bledo:
librar de una epidemia, es carambola:
mandar una provincia, es un enredo.

Siguiendo, pues, en esta bataola,
aun pienso conseguir la señoría,
pues hay quien sin pensarlo consiguióla.

Mas tú, Vicetto, no tendrás usia,
y aunque tal distincion nada te importe,
escucha mi razon que es de valía.

¿Qué valen tus Hidalgos de Monforte
ni el juicio imparcial que has merecido
al crítico más sabio de la corte?

Quién te debe premiar, ¿habrá leído
que llama á tu novela en la Gaceta
la segunda que España ha producido?

No son las cruces para tí, poeta,
sino para el histrion afortunado
que divierte á Madrid con su pirueta.

O bien para el coplero descarado
que pregona en famosos trompetazos
las virtudes de un hombre adocenado.

Aquí tienes descrito á grandes trazos
el mérito del siglo diez y nueve:
resígnate á cruzarte, pues, de brazos.

Pero perdona que desbarre aleve

en digresiones mi voluble pluma,
y te prometo discurrir más breve.

Estoy en Cambre; lejos de la bruma
que corona esa inmensa galería
blanca como sus zócalos de espuma.

La luz del astro que ilumina el día
se detiene al caer en la espesura
y entre sus hojas mil se extingue fría.

Ven á Cambre á gozar. El aura es pura,
tapizado el verdor, bello el paisaje,
árido el monte, y gaya la llanura.

Armonía hallarás en su follaje,
brisas en el cristal de su laguna,
y colores sin fin en su celaje.

No te debo escuchar disculpa alguna,
si piensas que El Clamor te necesita,
voy á desvanecer esa tontuna.

Hoy que el deseo de escribir se agita
en la chola del hombre más idiota,
piensas ¿hacer ahí falta maldita!

Lo que sobra son plumas de gaviota
que al periódico den originales
aspirando á gozar gloriosa nota.

Tendrás para escribir editoriales
diplomáticos mil, á cuyo lado
Orloff y Metternich son tales cuales.

Un sistema económico arreglado
te darán más de cien economistas
que á Colmeiro y á Blanqui han superado.

Tendrás para escoger, libre cambistas,
eccléticos también, y aún unos cuantos
que blasonan de ser proteccionistas.

Para escribir los inspirados cantos,
de poetas verás una cuadrilla
que asustan por lo tontos y lo tantos.

Lope de Vega su facundia humilla
á su númen sin par, Breton su chiste
y su lirismo erótico Zorrilla.

Ya ves que la razón hoy no te asiste—
ven, pues, á esta region encantadora
que nuevas galas caprichosa viste
más risueña y lozana cada aurora.

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

1856.

LA BARONESA DE FRIGE.

III.

Un Mendizábal.

(CONTINUACION).

—Pero bien... ¿quién es?—volví á preguntar con
más curiosidad, viendo que se trataba de una mu-
jer que para un sacerdote era un ángel y un demonio á la vez.

—Piedad... Piedad es la única hija de la baro-
nesa, y hoy, por la muerte de su madre, Piedad
viene á ser baronesa de Frige.

—Ah! de modo que tengo nueva señora!

—Preciso: murió el rey, viva el rey! murió la
baronesa doña Maria del Carmen Ardoal, viva la ba-
ronesa doña Piedad Indelan Ardoal!

—Y bien?—pregunté al párroco como haciéndome
indiferente á las circunstancias de mi nueva señora—
¿qué vamos á hacer para remitirle fondos á Madrid?

—Eso digo yo, por San Genaro!... eso digo yo!
—gritó el párroco.

Y se quedó reflexivo.

—Cuanto necesitará la señora baronesa?—pregun-
té por fin.

—Lo ménos de dos á tres mil duros—contestó
el párroco.

—Yá vé V.! y en caja hay muy poco!

—Por lo mismo, á grandes males grandes remedios.
Invente V. algun medio... para eso es V. el
administrador de la baronía.

—Si á V. le parece—expuse yo—volverémos á
reunir los renteros á ver si adelantan...

El cura me interrumpió con un gesto de mal
humor.

—Iré entonces á Santiago á ver si algun comer-
ciante me adelanta, al siete ó al ocho por ciento...

—Tampoco... tampoco... eso ya está muy ex-
plotado, por San Genaro!

Y volvimos á permanecer callados, como si po-
niendo la imaginación en tortura, la imaginación
nos pudiera proporcionar los tesoros de California.

—Yá se vé—exclamó el párroco—la vida de Ma-
drid es el diablo. La difunta baronesa bastantes mil-
les de pesos había ahorrado viviendo aquí, en la
baronía, con su hija; pero llegó el caso de que Pie-
dad, teniendo quince años, quiso ir á vivir al Gran
Munlo, y no sólo gastaron cerca de un millón que
tenian en dinero y las rentas de esos años, sino que
se empeñaron mucho. Por otra parte, el dinero que
hoy necesita Piedad, es preciso mandárselo, puesto
que los gastos de entierro, lutos... y el diablo que
nos lleve á todos, porque no hacemos sino gastar más
de lo que podemos, la ponen en una situación an-
gustiosa.—Váyase V. á palacio... enciérrese en su
habitación un día... y vea V., señor German, si ca-
blando y cabilando, encuentra algun medio que
salve á Piedad de sus apuros y nos salve á todos.

Obedecí al buen abad de Frige, y me volví á la
baronía.

La fatalidad de ser nuevo en mi destino, me
abatía; porque si yo llevara más años de administra-
dor, fácil tal vez me fuera encontrar algun medio
que pudiera proporcionar recursos á la jóven baro-
nesa.

Yo bien hubiera podido mandar un propio á Ama-
rante, y que girase sobre Madrid cuanto dinero
quisiera; pero esto daría al traste con mi incógnito.

En lugar de encerrarme en mi habitación para
cabilar, como me aconsejara el buen abad, mandé
aparejar un caballo de palacio y me dirigí paseando
hacia la costa.

Aquella region del oeste, áspera y bravia, me
encantaba por su magestad primitiva; allí, donde el
mar se tiende rugidor al pié de montañas calde-
reas, parecia encontrarme en un pais virgen ó de-
solado: si algun montañés cruzaba perezosamente
por las encañadas de Nemiña, mi imaginación veía
en él un celta de raza pura; como efectivamente lo
son aquellos vigorosos habitantes de Finisterre y
Touriflan.

Al revolver de Nemiña á Liris, encontré al mé-
dico de la baronía cerca de la costa: iba á caballo,
visitando así sus enfermos.

Paseábamos juntos, pues el médico me iba ense-
ñando las particularidades topográficas del pais, y
me sorprendió la vista de un convento situado al
pié de la mar.

—Esa es la abadía de Umbar—me dijo—y es
propiedad de la baronía de Frige.

—Propiedad de la baronía!—exclamé—y para que
quiere ese edificio la baronía?

—Cosas del mundo!—murmuró el médico enco-
giéndose de hombros—antiguallas que los de Frige
quieren conservar.

—Pero no es tan antigua la abadía puesto que tie-

ne aún campanas;—observé.

—Tómala y la iglesia en muy buen estado, así como todo lo del edificio, señor German.

—¿Y por qué quieren conservar esa finca estérilmente como se conserva? Eso ni es de utilidad para el particular ni para el país. ¡Cuánto mejor no sería para el particular y para el país que ese edificio se dedicara á fábrica de tejidos ó de salazon!

—Ya lo creo!—apoyó el médico—como que para fábrica de salazon yo habia propuesto su compra á la difunta baronesa.

—Y ella rehusó?

—Rehusó. Rehusó porque entónces no le hacia falta dinero y temía que si la vendiera, Dios la desherraria de su gracia.

Al decir esto el médico se reía, y su risa provocó la mía.

—Y eso en venta, qué daría?—le pregunté.

—Eso... eso... yo por eso le ofrecía cinco mil duros.

—Cinco mil duros!

—Cinco mil duros, señor German; pues la iglesia de Umbar conserva todas sus alhajas de plata. No quise oír más.

Bajo pretexto de cansancio, me despedí del médico y regresé á Frige apresuradamente.

—Albricias, señor abad, albricias!—grité al entrar en la sala del párroco de Frige.

—¿Qué es ello, señor German?

—¿Qué es ello! Que tenemos ya dinero.

—Dinero!

—Sí, señor abad, cinco mil pesos.

—Cinco mil pesos!—¿y quién es el desdichado que presta?

—San Genaro.

—¿Cómo San Genaro?

—San Genaro de Umbar.

—Y eso, señor German? Se encontró alguna mina en la abadía?

—Para qué, señor abad? Qué más mina que la abadía misma?

—La abadía!... no entiendo!

—La abadía, señor abad; pues hay quien dá por ella cinco mil pesos.

—Venderla!... Está V. loco, señor German!

—¿Cómo loco! ¿pues para que sirve, señor abad?

—Para qué sirve! .. Si se vendiera, Nuestro Señor Jesucristo nos arrojaría á los profundísimos infiernos!

—Nuestro señor Jesucristo!—exclamé asombrado hasta la médula de los huesos—¿qué tiene que ver Jesucristo hoy con las cosas de este mundo?

—Tiene que ver hoy lo mismo que ayer, señor German!

—Ayer sí,—afirmé yo con entereza—hoy no.

El abad me miró aterrado.

Ignoraba que se las habia con un astrónomo, con un filósofo; y yo á la vez, ignoraba que me las habia con un fanático por malicia y por conveniencia propia.

Después de unos instantes de mirarme frente á frente con igual expresion de asombro, como si creyéramos cuestionar reciprocamente con un loco, el abad murmuró:

—Pero... señor German... ¿qué gerigonza arma V. con eso de ayer y hoy tratándose de Nuestro Señor Jesucristo?

—Para V., señor abad, siempre será gerigonza eso; para mí nó.

—Pero... explíquese V., por San Genaro!

—Es muy sencilla mi explicacion. Jesucristo, hombre como Mahoma y cualquier otro, cuando vivió en este mundo, podían interesarle sus cosas; pero hoy, que vive la vida de la eternidad como los demás seres que fueron en este astro, recordará esas

cosas como recordamos las emociones de un baile de máscaras!

—Jesús!!—exclamó el abad cubriéndose el rostro con las manos;—luego V. señor German, cree que este mundo es un baile de máscaras!

—Exactamente. Todo es mentira en él, señor abad; todo es farsa, todo es engaño, todo hipocresía...

—Hasta la religion...?

—Hasta la religion, señor abad. Fuera de sus grandes máximas de *ama á tu prójimo como á ti mismo y no quieras para otro lo que no quieras para tí*, la religion católica, no la cristiana, no es sino una *aduana* enclavada en el seno de la sociedad;—si uno nace, paga; si uno se casa, paga; si uno quiere la fé de vida, paga; si uno quiere la fé de bautismo, paga; si uno quiere comer carne en ciertos dias, paga; si uno quiere casarse con una prima ó cuñada, etc., paga; si uno se muere, paga;—en fin, sobre todo impone derechos esa religion que llama al vino la *sangre de Dios*, y se lo bebe *solemnemente* como los antiguos sectarios del Dios Baco que divinizaban el vino llamándole sangre de su Dios ..!

—Horror...! horror...!—exclamó el abad—¿qué es lo que estoy escuchando!

Yo proseguí en alas de mi razon:

—¿No es farsa y farsa grosera hacer de Dios un hombre?... un hombre que viene á este mundo... á qué?...—No es farsa y farsa grosera el sacar ánimas del purgatorio por medio de misas, por medio de dinero? En todo, en todo se vé el dinero y nada más que el dinero en esa gran farsa!

—Ateo...! ateo!... ateo!—gritó el abad desafortadamente.

Y quiso levantarse para confundirme; pero la reuma lo encadenó al sillón.

—Ateo!—repetí yo con indignacion—eso es calumniarme!—Ateo es el que no cree en Dios, y yo creo más que nadie, porque lo adoro en la existencia *suprema en que todo existe*, en el ser de todo ser, en lo que no es farsa no y no!

—Miserable!—exclamó—¿qué Dios es ese?

—¿Cómo explicárselo á V. siquiera, si V. fuera del cepillo de las ánimas, no vé otro Dios?

—Impio, impio!—exclamó el abad—execucion sobre tí! Dios salve la religion de los insultos de estos liberales de hoy, Dios la salve!

Y levantó las manos al cielo hipócritamente como si orase.

—Dios salve la religion, prosiguió, de las garas de estos hombres sin fé.

—La fé!—prorrumpí yo—ese es vuestro talisman para explotar las gentes oscuras.

—Ese es el talisman de los talismanes, porque guía directamente á Dios.

—La razon es la que guía directamente á Dios, no la fé. Negar la razon para fundar la fé, es lo mismo que sacarle á uno los ojos para que vea mejor.

—Blasfemo! volvió á apostrofarme el abad aplastado por mis argumentos racionalistas; ¡váya un administrador de la baronía de Frige que nos hemos hechado! Pues no quería vender hasta las campanas de Umbar como Mendizábal!

—Ese hombre... esos hombres, superiores á Pitt, Sully y Colbert—exclamé—esos hombres como Mendizábal son los que faltan en el estadió de la politica de España. ¿Por qué ha de haber una religion oficial? Hay, acaso, alguna medicina oficial? *Para curar el cuerpo*, el gobierno deja en entera libertad al individuo, que se cure por la escuela homeopática ó alopática; pues bien, *para curar el alma* DEBE dejar al individuo en la misma completa libertad.

(Se Continuará).